

atención está fija en un periódico doblado que consulta, mientras que con la mano derecha teclea en el blanco mantel, del que parece sacar mágicos efectos musicales.

La obscuridad del cerebro de este otro parece iluminarse cuando oye alguna voz: se anima, se vuelve, pero al lado contrario de donde partió el sonido, hace un gesto desdeñoso y torna á su inmovilidad de estatua.

Aquel de complexión robusta y semblante risueño dice con marcado acento andaluz á uno de los inspectores, dando rienda suelta á sus sueños de grandezas: «Cuando te cases, te voy á regalar cuatro onzas morunas de las que tengo yo en el Banco de C.» Caballos, brillantes, oro, inagotables tesoros pasan en turbulenta carrera por la imaginación extraviada de aquel hombre.

* * *

La galería de mujeres es alegre en extremo. En ella volvimos á ver á nuestras compañeros de viaje, que hablaban con una pensionista de tan vivaracho y movable semblante como de argentina y encantadora voz.

Jóvenes, viejas, guapas, feas, vestidas con aliño, observando las imposiciones de la moda ó sin cuidarse de los progresos en el arte de la indumentaria, de todo se ve allí.

El silencio que observé en el comedor de los hombres formaba contraste con el incesante cuchichear y el continuo movimiento en el de las mujeres.

Sólo una permanecía indiferente y como extraña á cuanto pasaba. Era la misma que había visto en la galería dando cortos paseos precipitados y que, cogiéndose la cabeza con las manos, parecía huir de alguna visión horrible ó implorar auxilio.

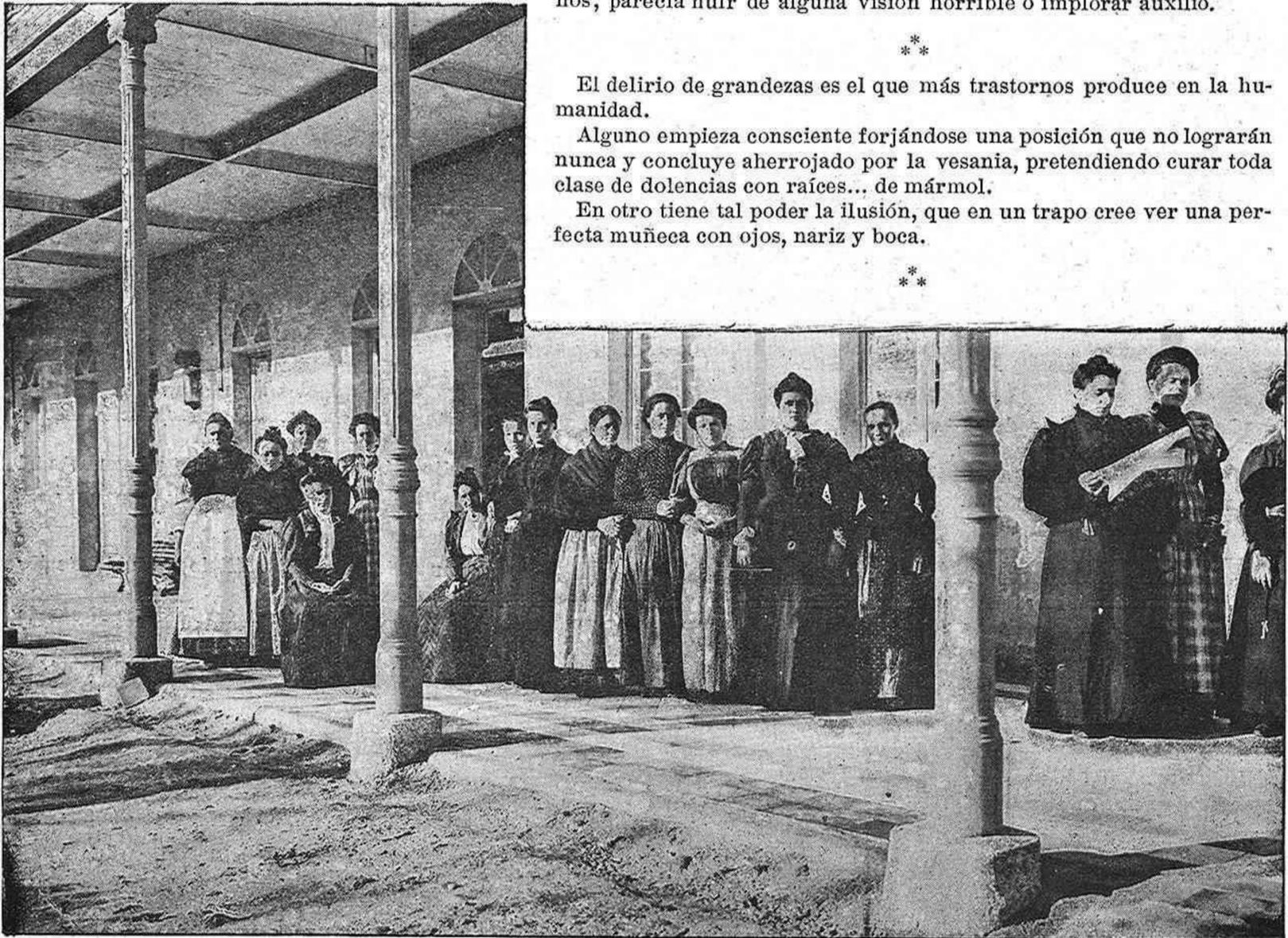
* *

El delirio de grandezas es el que más trastornos produce en la humanidad.

Alguno empieza consciente forjándose una posición que no lograrán nunca y concluye aherrojado por la vesania, pretendiendo curar toda clase de dolencias con raíces... de mármol.

En otro tiene tal poder la ilusión, que en un trapo cree ver una perfecta muñeca con ojos, nariz y boca.

* *



GALERÍA DE MUJERES

Para demostrar que en ningún caso es absoluta la perturbación mental, voy á referir el siguiente sucedido:

Relata refero.—Trasladaban en el coche del manicomio á un conocido escritor desde el hospital al establecimiento de que me ocupo, y al llegar el coche á la entrada del pueblo, vió el enajenado un hotel donde en gruesos caracteres se leía: «Se vende. Aquí dan razón.» Mandó parar el coche, y bajando, exclamó con voz firme:

—Yo me quedo, ¡aquí dan lo que necesito! ¿para qué he de seguir adelante?

ROBERTO DE PALACIO

